La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

						J	
K					3		
			M				
						L	
		N		3			

SOLUCION

J = Rey; K = Dama; L = Caballo; M = Alfil; N = Torre.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
6	8	2	3	0	1
9	5	7	0	1	0
9	1	4	2	0	2
2	5	1	7	2	0
7	6	2	4	1	0
3	9	8	0	0	1

SOLUCION 8514

Verano/12

LA NAVE



(Por Luis Bruschtein) Lo único real en la nave es el universo que se desplaza por la escotilla. Pulsares, constelaciones, nebulosas. Masas incandescentes de hidrógeno, llamaradas de helio y carbono y el fuego azul de oxígeno que consumen las estrellas. Estallido de supernovas y enanas rojas y las luces frías de las enanas blancas. La nave no importa, solamente su destino, Betelgeuse y Bellatrix en la Constelación de Orión, Aldebarán en Taurus o hacia la Nebulosa del Velo en la Constelación del Cisne sobre la formidable energía de las toberas fotónicas que multiplican la velocidad de la luz, retuercen el espacio y lo convierten en minutos.

Dos tripulantes, un hombre y una mujer unidos por la ambición de conquistar las galaxias, un destino superior. El hombre ajustó a la biocomputadora piloto el microrreceptor injertado en su cerebro para recibir la bitácora de vuelo de las próximas horas.

—Creo que deberíamos comer —aconsejó, sin dejar de mirar por la escotilla.

Se sentaron en los cubículos del simulador de comidas y canalizaron por vía endovenosa un menú de asado con papas fritas y una selección de vino añejo.

Tres semanas relativas de vuelo y rutinas a bordo. Los simuladores holográficos de paisajes campestres cubrían las paredes de la cabina y a veces cambiaban por imágenes de la calle Lavalle a la salida de los cines. Hologramas fantasmales de una muchedumbre deambulaban entre las terminales de computación, los controles y las butacas anatómicas, mientras la nave se hundía en el espacio profundo tras su objetivo, que es el único hecho real. Después de los sueños inducidos de la siesta caminan en el simulador de paseos y trotes; una cinta sin fin con paisajes de Palermo.

Un mes y medio más tarde el hombre tomó nota de las nalgas de su compañera, apenas marcadas en el buzo térmico cuando ella doblaba su cintura sobre la consola de control.

—Colega —le dijo— creo que es hora de un coito higiénico.

La llevó del brazo hasta el Orgón Wilheim, la acostó sobre el colchón de aire, hizo lo mismo a su lado y se enchufaron a la máquina. Una mano se zafó, tomó la de su compañera y por un impulso no previsto en la biocomputadora, comenzó a desnudarla, la desenchufó del Orgón y el contacto con los pezones porosos y endurecidos le transmitió una sensación irreproducible por ningún simulador. El orgasmo fue un remolino de quarks y gluones como los de las estrellas que traspasan el límite de Subrahmanyan Chandrasekhar y se transforman en un agujero negro que los absorbió y los transportó al antiuniverso donde lo irreal es real por la transmutación de las leyes de la física.

Rafael Díaz está en su departamento de Almagro con Elena Giacobe, desnudos en el desorden de la cama. En ese universo, lo único real son ellos dos.

LA MANO LARGA DE

(Primera Parte)

Por Osvaldo Bayer

"¡Ya ven qué justicia tenemos los trabajadores, la libra esterlina supera a todas las leyes que existen en el país!"

(Volante del comité de huelga de la Federación Obrera de Río Gallegos, octubre 1921.)

En esa mañana de primavera, Pérez Millán ha dado signos de nerviosidad y desaliento. El día anterior —domingo— lo ha visitado solamente su padre. No lo ha hecho el doctor Carlés ni ningún miembro de la Liga Patriótica. Pérez Millán se siente abandonado por los de su ideología y por eso, muy temprano, sin tomar siquiera el desayuno, se ha sentado a la mesa de su cuarto y se ha puesto a escribir. "Voy a desenmascarar a más de uno", dice a su nuevo compañero de habitación, Domingo Lapola. Así continúa hasta la hora del almuerzo, en que deja de escribir, ingiere taciturno pocos alimentos y continúa con su carta.

A las 12.30, el "loquito bueno" Lucich pide con su humildad característica pasar al pabellón de los enfermos pudientes. Habitualmente no lo hace porque es su costumbre de todos los días pasar directamente. No tiene ningún inconveniente y llega a la celda tercera que ocupaba Pérez Millán hasta el día anterior. Pregunta por él. Zuloaga le contesta que a su ex compañero lo han pasado enfrente, a la habitación cuarta. Lucich cruza el pasillo, se asoma a la puerta del cuarto de Pérez Millán y lo ve escribiendo sentado a la mesa. Lucich da un paso adelante, saca una pistola del bolsillo de su chaqueta de enfermo, apunta a Pérez Millán y le dice:

—¡Esto te lo manda Wilckens!

Pérez Millán se da vuelta sorprendido y recibe un balazo en el costado izquierdo del pecho. Como un gato, Pérez Millán se tira al suelo, cuerpo a tierra, y así se salva de que el segundo disparo lo alcance. La bala va a incrustarse en la pared. De un nuevo salto toma de los brazos al contrahecho Lucich y lo arroja al suelo. Este dispara de nuevo y el proyectil hiere superficialmente en el pubis a Pérez Millán y va a alojarse en su muslo izquierdo. Pero ya domina la situación el atacado, arrebata el arma al yugoslavo y comienza a golpearlo. Entre los gritos histéricos de algunos enfermos llega un enfermero y libera a Lucich de los brazos de Pérez Millán.

Lucich es puesto en chaleco de fuerza mientras Pérez Millán es trasladado de urgencia a la enfermería. La herida que tiene en el pecho es de gravedad aunque los médicos que lo revisan tienen confianza en salvarlo. Luego de la operación, el médico dirá que Pérez Millán tendrá para treinta días en la cama.

Los balazos del Hospicio de las Mercedes despiertan nuevamente toda una historia ya dormida, desagradable para el gobierno, para el ejército y para muchos políticos. Ya de por sí es un tema tabú porque nunca se explicará ni se investigará, y porque todos soslayan cuando algún ingenuo se atreve a preguntar: ¿pero cuál es la verdad de lo ocurrido en la Patagonia?

Vuelven las imágenes de los fusilados en el lejano sur, las escenas de incendios y violaciones, la figura controvertida del teniente coronel Varela y la extraña imagen de Kurt Wilckens, ese obrero nórdico vengando a sus compañeros de piel cobriza.

¿Pero cómo ha sido posible este nuevo episodio en esta historia de nunca acabar? ¿Cómo pudo atentarse contra Pérez Millán con todos los cuidados que se tomaron para que no lo alcance la mano larga de la venganza? ¿Acaso no estaba en el lugar más seguro?

¿Pero es que acaso a Lucich se le ocurrió espontáneamente disparar contra Pérez Millán? No. Aquí hay todo un complot de estos increíbles anarquistas que nunca se dan por vencidos por más escarmientos que se les han propinado. ¿Es Lucich un anarquista? No. Es sólo un demente. Sí, ha sido afiliado a la FORA en sus tiempos de mozo, pero eso no es suficiente para encasillarlo ideológicamente[1]. Es evidente que Lucich ha sido armado, es instrumento de alguien. El enchalecado Lucich es interrogado. Pero a pesar de los cachetazos pesados que recibe, repite como un loro algo que parecía que le hubieran metido en la cabeza: "El revólver lo encontré en la mesa de Pérez Millán. Como él me atacó a puñetazos yo le disparé para defenderme".

No pueden continuar con el interrogatorio porque el alienado está en tal estado de excitación, que se hace imposible cualquier diálogo ordenado. Pero a cargo de la investigación está nada menos que el comisario inspector Santiago, jefe de la División Investigaciones de la Policía de la Capital. Es una cabeza lúcida, tiene rápida inteligencia y olfato de sabueso. Mentalidad porteña, canchera, sabe tirar y aflojar. Es un hombre del radicalismo que tiene su política especial; cuando un caudillejo de barrio le pide por un quinielero, él no se pone intransigente. Gran conocedor de hombres, a él no se le van a escapar así nomás las cosas ocurridas en el hospicio. A los dos minutos de interrogar a Lucich se da cuenta de que no ha obrado *motu proprio*. Que detrás de él hay alguien muy inteligente y osado que ha logrado romper todas las barreras para llegar a cumplir la prometida venganza anarquista. Santiago se hace traer la lista de todos los internados y del personal. El policía lee rápidamente las listas y de repente pega un salto y dice como si todo ya estuviera esclarecido:

—¡Boris Wladimirovich!

Exactamente: Boris Wladimirovich. No podía ser de otra manera. Como si estuviéramos viviendo un relato de la Revolución Rusa, de los conjurados búlgaros o de la mano negra servia. En el Hospicio de las Mercedes está internado nada menos que Boris Wladimirovich, traído desde el penal de Ushuaia hace apenas dos meses. ¿Pero cómo es posible que Boris Wladimirovich esté justamente en el loquero de la calle Vieytes?

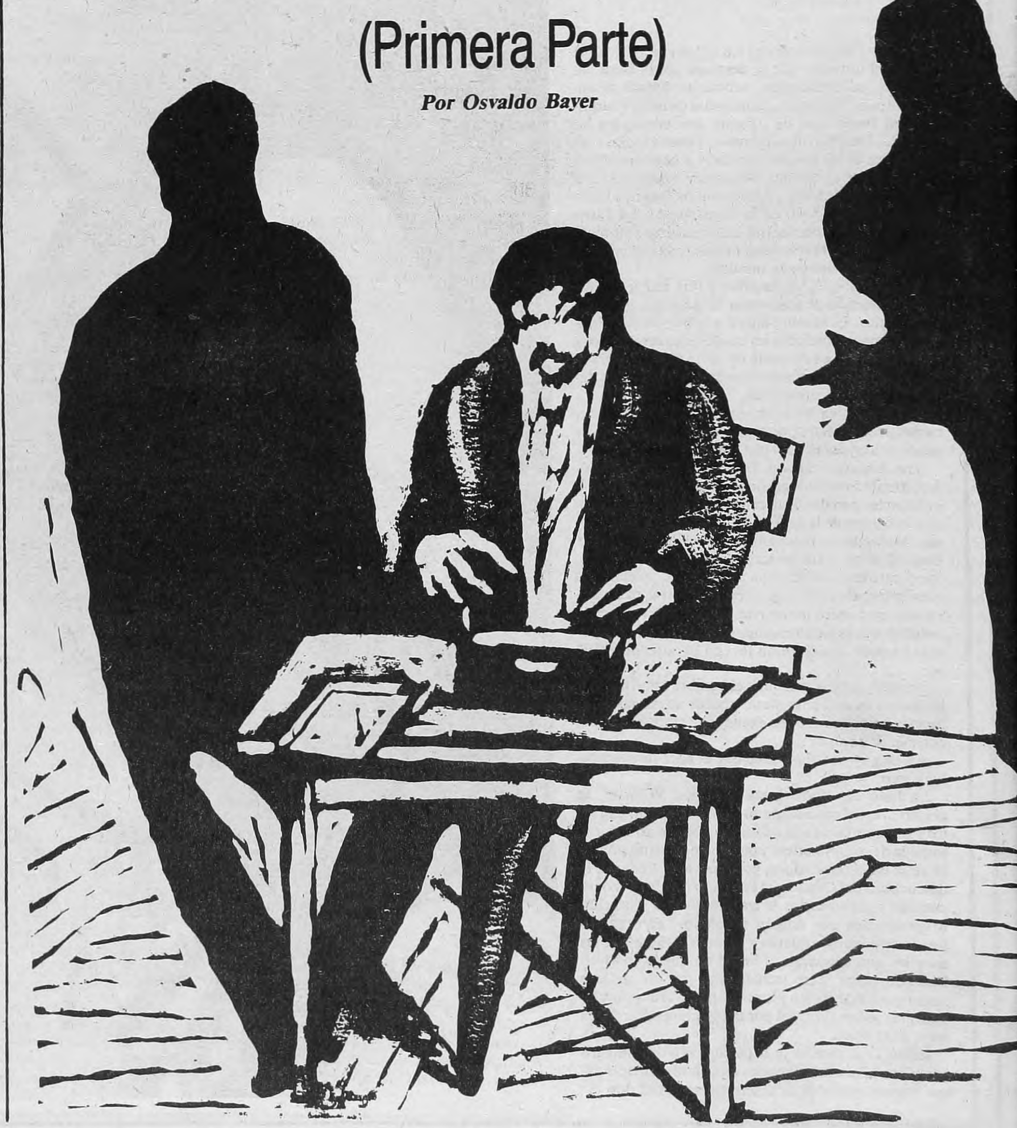
Lo traen en vilo porque Boris está casi paralítico. Están frente a frente, el policía y el enigmático anarquista. El sabueso policial lo mira como queriéndoselo comer y Boris Wladimirovich le responde con una sonrisa como diciéndole: esta vez les gané la partida.

¿Quién es este Boris Wladimirovich? Es un anarquista "legítimo", "autóctono", importado, un ruso blanco con décadas de agitación y conspiración sobre sus espaldas. Parece una figura entresacada de un cuento de Hemingway, de Melville, de Jack London, de Joseph Conrad. Gran bigote negro, pelo ensortijado, ojos vivos.

El diario *La Prensa* lo describía así: *"El agitador Germán Boris Wladimirovich, condenado a 25 años de prisión por haber asaltado la agencia de cambios Perazzo, no es un delincuente vulgar. Posee una vasta ilustración, ha escrito varios libros, ha desempeñado cátedras y participado en los más importantes congresos anarquistas realizados en Europa por los expatriados rusos años antes de la revolución, pero el alcoholismo y el abuso del tabaco lo degeneraron haciéndolo un abúlico en que llegó a nuestro país y luego casi un inconsciente. El asalto al agenciero Perazzo con objeto de proveerse de fondos para fundar un diario de agitación prueba un tanto su desequilibrio. Sin embargo, cuando está bien, se revela el hombre culto y gusta de exponer ideas con tono persuasivo para captar voluntades. Así ha estado en la Penitenciaría y en Ushuaia, de donde se le trajo últimamente porque su equilibrio mental sigue fallando y además padece de contracción de los miembros inferiores. Está en tratamiento, la mayor parte de los días en cama porque camina con dificultad, y esto, en determinados momentos".*

Bastante acertado el juicio de *La Prensa* pero se cometen varios errores que luego serán rectificados. Parece que Wladimirovich no es loco sino que "se hace el loco". Que si asaltó a Perazzo no lo hizo por desequilibrio sino para cumplir con sus ideales. Que es un intelectual, sí, pero en él se da una cosa que es rara en otro intelectual: la acción. Wladimirovich es uno de los más avezados bombistas que han conocido las calles de Moscú, Leningrado, París y Barcelona. No ha venido a la Argentina por ser un "abúlico" sino por otras circunstancias que ya relataremos. En lo que no se equivoca *La Prensa* es en que Wladimirovich ha tenido una gran pasión por el alcohol. Fue una gran amante de las bebidas blancas y, ante todo, es un ruso sanguíneo. Pese a sus ideas antiburguesas es un hombre típico de la estepa, que gusta cantar canciones nostálgicas y llora cuando se acuerda de la "madrecita" Rusia.

Pero retrocedamos en el tiempo. Vamos a mayo de 1919 para inquirir más acerca de este alucinante personaje. En Chacarita se comete un asalto contra los agencieros Perazzo. El asalto fracasa. Sus tres autores tienen que huir. Uno, luego de defenderse hasta la última bala y matar a un policía y herir a otro, es capturado. Resulta ser Andrés Babby, de nacionalidad austríaca aunque na-



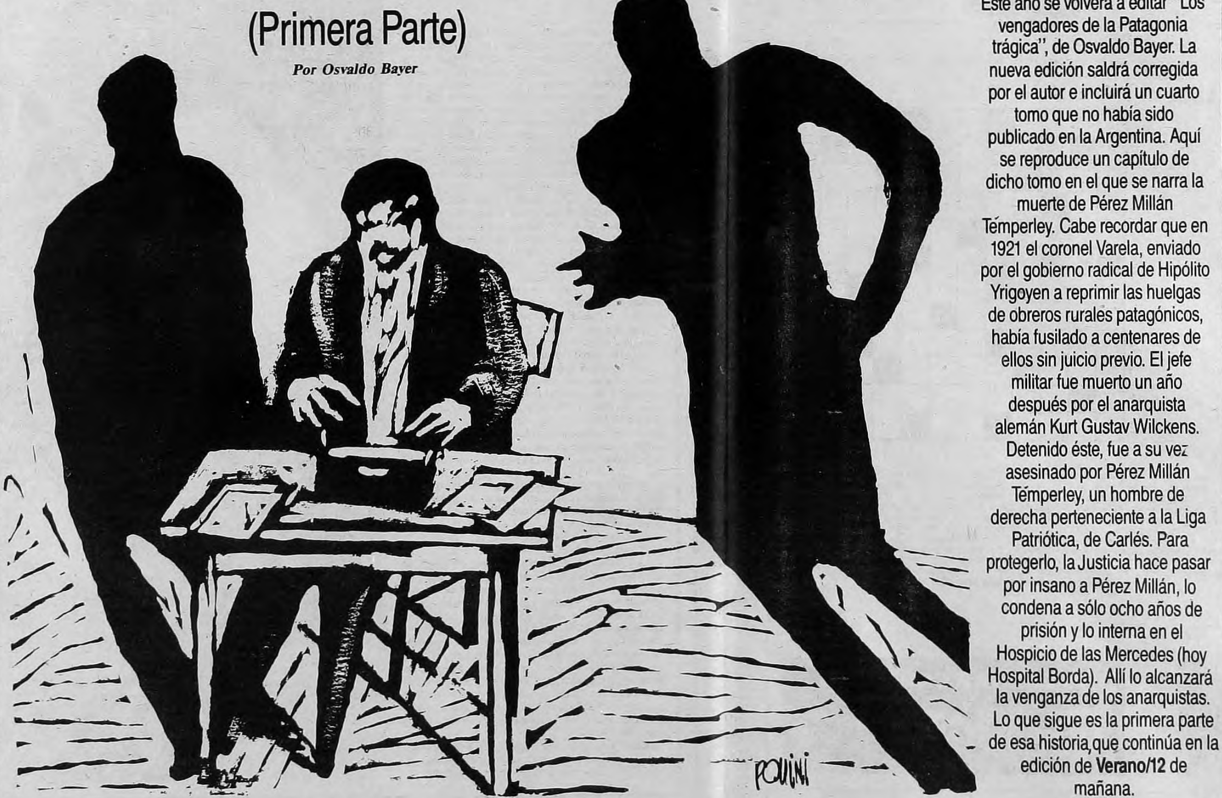


LA MANO LARGA DE LA VENGANZA

(Primera Parte)

Por Osvaldo Bayer

Este año se volverá a editar "Los vengadores de la Patagonia trágica", de Osvaldo Bayer. La nueva edición saldrá corregida por el autor e incluirá un cuarto tomo que no había sido publicado en la Argentina. Aquí se reproduce un capítulo de dicho tomo en el que se narra la muerte de Pérez Millán Témperley. Cabe recordar que en 1921 el coronel Varela, enviado por el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen a reprimir las huelgas de obreros rurales patagónicos, había fusilado a centenares de ellos sin juicio previo. El jefe militar fue muerto un año después por el anarquista alemán Kurt Gustav Wilckens. Detenido éste, fue a su vez asesinado por Pérez Millán Témperley, un hombre de derecha perteneciente a la Liga Patriótica, de Carlés. Para protegerlo, la Justicia hace pasar por insano a Pérez Millán, lo condena a sólo ocho años de prisión y lo interna en el Hospicio de las Mercedes (hoy Hospital Borda). Allí lo alcanzará la venganza de los anarquistas. Lo que sigue es la primera parte de esa historia, que continúa en la edición de **Verano/12** de mañana.



"¡Ya ven qué justicia tenemos los trabajadores, la libra esterlina supera a todas las leyes que existen en el país!"

(Volante del comité de huelga de la Federación Obrera de Río Gallegos, octubre 1921.)

En esa mañana de primavera, Pérez Millán ha dado signos de nerviosidad y desaliento. El día anterior —domingo— lo ha visitado solamente su padre. No lo ha hecho el doctor Carlés ni ningún miembro de la Liga Patriótica. Pérez Millán se siente abandonado por los de su ideología y por eso, muy temprano, sin tomar siquiera el desayuno, se ha sentado a la mesa de su cuarto y se ha puesto a escribir. "Voy a desenmascarar a más de uno", dice a su nuevo compañero de habitación, Domingo Lapola. Así continúa hasta la hora del almuerzo, en que deja de escribir, ingiere taciturno pocos alimentos y continúa con su carta.

A las 12.30, el "loquito bueno" Lucich pide con su humildad característica pasar al pabellón de los enfermos pudientes. Habitualmente no lo hace porque es su costumbre de todos los días pasar directamente. No tiene ningún inconveniente y llega a la celda tercera que ocupaba Pérez Millán hasta el día anterior. Pregunta por él. Zuloaga le contesta que a su ex compañero lo han pasado enfrente, a la habitación cuarta. Lucich cruza el pasillo, se asoma a la puerta del cuarto de Pérez Millán y lo ve escribiendo sentado a la mesa. Lucich da un paso adelante, saca una pistola del bolsillo de su chaqueta de enfermo, apunta a Pérez Millán y le dice:

—¡Esto te lo manda Wilckens!

Pérez Millán se da vuelta sorprendido y recibe un balazo en el costado izquierdo del pecho. Como un gato, Pérez Millán se tira al suelo, cuerpo a tierra, y así se salva de que el segundo disparo lo alcance. La bala va a incrustarse en la pared. De un nuevo salto toma de los brazos al contrahecho Lucich y lo arroja al suelo. Este dispara de nuevo y el proyectil hiere superficialmente en el pubis a Pérez Millán y va a alojarse en su muslo izquierdo. Pero ya domina la situación el atacado, arrebata el arma al yugoslavo y comienza a golpearlo. Entre los gritos histéricos de algunos enfermos llega un enfermero y libera a Lucich de los brazos de Pérez Millán.

Lucich es puesto en chaleco de fuerza mientras Pérez Millán es trasladado de urgencia a la enfermería. La herida que tiene en el pecho es de gravedad aunque los médicos que lo revisan tienen confianza en salvarlo. Luego de la operación, el médico dirá que Pérez Millán tendrá para treinta días en la cama.

Los balazos del Hospicio de las Mercedes despiertan nuevamente toda una historia ya dormida, desagradable para el gobierno, para el ejército y para muchos políticos. Ya de por sí es un tema tabú porque nunca se explicará ni se investigará, y porque todos soslayan cuando algún ingenuo se atreve a preguntar: ¿pero cuál es la verdad de lo ocurrido en la Patagonia?

Vuelven las imágenes de los fusilados en el lejano sur, las escenas de incendios y violaciones, la figura controvertida del teniente coronel Varela y la extraña imagen de Kurt Wilckens, ese obrero nórdico vengando a sus compañeros de piel cobriza.

¿Pero cómo ha sido posible este nuevo episodio en esta historia de nunca acabar? ¿Cómo pudo atentarse contra Pérez Millán con todos los cuidados que se tomaron para que no lo alcance la mano larga de la venganza? ¿Acaso no estaba en el lugar más seguro?

¿Pero es que acaso a Lucich se le ocurrió espontáneamente disparar contra Pérez Millán? No. Aquí hay todo un complot de estos increíbles anarquistas que nunca se dan por vencidos por más escarmientos que se les han propinado. ¿Es Lucich un anarquista? No. Es sólo un demente. Sí, ha sido afiliado a la FORA en sus tiempos de mozo, pero eso no es suficiente para encasillarlo ideológicamente[1]. Es evidente que Lucich ha sido armado, es instrumento de alguien. El enchalecado Lucich es interrogado. Pero a pesar de los cachetazos pesados que recibe, repite como un loro algo que parecía que le hubieran metido en la cabeza: "El revólver lo encontré en la mesa de Pérez Millán. Como él me atacó a puñetazos yo le disparé para defenderme".

No pueden continuar con el interrogatorio porque el alienado está en tal estado de excitación, que se hace imposible cualquier diálogo ordenado. Pero a cargo de la investigación está nada menos que el comisario inspector Santiago, jefe de la División Investigaciones de la Policía de la Capital. Es una cabeza lúcida, tiene rápida inteligencia y olfato de sabueso. Mentalidad porteña, canchera, sabe tirar y aflojar. Es un hombre del radicalismo que tiene su política especial; cuando un caudillejo de barrio le pide por un quinielero, él no se pone intransigente. Gran conocedor de hombres, a él no se le van a escapar así nomás las cosas ocurridas en el hospicio. A los dos minutos de interrogar a Lucich se da cuenta de que no ha obrado *motu proprio*. Que detrás de él hay alguien muy inteligente y osado que ha logrado romper todas las barreras para llegar a cumplir la prometida venganza anarquista. Santiago se hace traer la lista de todos los internados y del personal. El policía lee rápidamente las listas y de repente pega un salto y dice como si todo ya estuviera esclarecido:

—¡Boris Wladimirovich!

Exactamente: Boris Wladimirovich. No podía ser de otra manera. Como si estuviéramos viviendo un relato de la Revolución Rusa, de los conjurados búlgaros o de la mano negra servia. En el Hospicio de las Mercedes está internado nada menos que Boris Wladimirovich, traído desde el penal de Ushuaia hace apenas dos meses. ¿Pero cómo es posible que Boris Wladimirovich esté justamente en el loquero de la calle Vieytes?

Lo traen en vilo porque Boris está casi paralítico. Están frente a frente, el policía y el enigmático anarquista. El sabueso policial lo mira como queriéndoselo comer y Boris Wladimirovich le responde con una sonrisa como diciéndole: esta vez les gané la partida.

¿Quién es este Boris Wladimirovich? Es un anarquista "legítimo", "autóctono", importado, un ruso blanco con décadas de agitación y conspiración sobre sus espaldas. Parece una figura entresacada de un cuento de Hemingway, de Melville, de Jack London, de Joseph Conrad. Gran bigote negro, pelo ensortijado, ojos vivos.

El diario *La Prensa* lo describía así: *"El agitador Germán Boris Wladimirovich, condenado a 25 años de prisión por haber asaltado la agencia de cambios Perazzo, no es un delincuente vulgar. Posee una vasta ilustración, ha escrito varios libros, ha desempeñado cátedras y participado en los más importantes congresos anarquistas realizados en Europa por los expatriados rusos años antes de la revolución, pero el alcoholismo y el abuso del tabaco lo degeneraron haciéndolo un abúlico en que llegó a nuestro país y luego casi un inconsciente. El asalto al agenciero Perazzo con objeto de proveerse de fondos para fundar un diario de agitación prueba un tanto su desequilibrio. Sin embargo, cuando está bien, se revela el hombre culto y gusta de exponer ideas con tono persuasivo para captar voluntades. Así ha estado en la Penitenciaría y en Ushuaia, de donde se le trajo últimamente porque su equilibrio mental sigue fallando y además padece de contracción de los miembros inferiores. Está en tratamiento, la mayor parte de los días en cama porque camina con dificultad, y esto, en determinados momentos"*.

Bastante acertado el juicio de *La Prensa* pero se cometen varios errores que luego serán rectificados. Parece que Wladimirovich no es loco sino que "se hace el loco". Que si asaltó a Perazzo no lo hizo por desequilibrio sino para cumplir con sus ideales. Que es un intelectual, sí, pero en él se da una cosa que es rara en otro intelectual: la acción. Wladimirovich es uno de los más avezados bombistas que han conocido las calles de Moscú, Leningrado, París y Barcelona. No ha venido a la Argentina por ser un "abúlico" sino por otras circunstancias que ya relataremos. En lo que no se equivoca *La Prensa* es en que Wladimirovich ha tenido una gran pasión por el alcohol. Fue una gran amante de las bebidas blancas y, ante todo, es un ruso sanguíneo. Pese a sus ideas antiburguesas es un hombre típico de la estepa, que gusta cantar canciones nostálgicas y llora cuando se acuerda de la "madrecita" Rusia.

Pero retrocedamos en el tiempo. Vamos a mayo de 1919 para inquirir más acerca de este alucinante personaje. En Chacarita se comete un asalto contra los agencieros Perazzo. El asalto fracasa. Sus tres autores tienen que huir. Uno, luego de defenderse hasta la última bala y matar a un policía y herir a otro, es capturado. Resulta ser Andrés Babby, de nacionalidad austríaca aunque nacido en la Bukovina rusa, de 30 años, prontuariado como agitador anarquista. Babby dice desconocer la identidad de sus compañeros y calla, no habla. Por un anónimo se localiza el domicilio de Andrés Babby: una habitación en Corrientes 1970. Allí, el encargado da una serie de datos precisos: sí señor, allí vive una persona de ese apellido que comparte su habitación con el profesor Germán Boris Wladimirovich. La policía pide hablar con el citado profesor. No, imposible, el profesor se ha ausentado desde el 19 de mayo —justo el día del asalto—; salió con valijas.

Los asaltados reconocerán en la foto de Boris Wladimirovich a uno de los asaltantes. También Boris Wladimirovich está catalogado como anarquista. Saben que éste es aficionado a la cosmografía y que hacía periódicas visitas al observatorio astronómico de La Plata, lugar donde tiene amigos. Buen hallazgo en el observatorio: allí están dos valijas de Boris Wladimirovich repletas de publicaciones anarquistas, libros, cartas y escritos. Un empleado del observatorio, amigo de Boris, que no sospechaba en qué cosas podía andar metido el herético ruso, indica a la policía que no sabe dónde puede encontrarse, pero bien lo puede saber Juan Matrichenko, un ucraniano que vive en Berisso. Los empleados de investigaciones buscan a Matrichenko y le señalan su preocupación acerca del paradero del buscado porque —dicen— temen que haya sido raptado. El ingenuo y preocupado Matrichenko los consuela rápidamente: no, él lo ha recomendado a un amigo en San Ignacio, Misiones, ya que el profesor Boris Wladimirovich le ha dicho que deseaba descansar. El que puede saber bien qué día salió es el chofer Luis Cheli, porque Wladimirovich usa siempre sus servicios.

Dos pájaros de un tiro. Mientras se allana el domicilio del chofer, se telegrafía a la policía de Posadas.

A Cheli le encuentran material anarquista en su habitación y es reconocido por los asaltados como el que conducía el coche que intervino en el asalto. Todo aclarado.

Pero faltaba el plato fuerte en este primer episodio del anarquismo expropiador: la personalidad del principal protagonista del episodio.

En San Ignacio, Misiones, detienen a Wladimirovich. A los policías les parece extraño que ese hombre pueda ser un delincuente. Tiene la presencia de un universitario, un intelectual. Maneras afables, mirada inteligente, rostro trabajado por algo que pareciera un íntimo sufrimiento. Allá, en Posadas, causa tanta sensación la captura que el propio gobernador de Misiones, doctor Barreiro, se hace llevar hasta la comisaría y conversa durante horas enteras con el anarquista. Y cuando llega la comisión policial de Buenos Aires al mando del comisario Foppiano, el mismo gobernador decide acompañarla a llevar al preso de regreso a la Capital en el largo viaje en tren.

Antes de partir, las autoridades policiales y provinciales se hacen sacar una fotografía para la posteridad. Todos sentados, en estirada actitud, y Boris Wladimirovich detrás de ellos, parado. El preso, de nitzscheano aspecto, aparece cavilando, ajeno a todo ese despliegue, mientras los importantes funcionarios miran, tensos, el aparato fotográfico.

Mientras tanto, la policía ha averiguado bien la identidad de Wladimirovich. Es ruso, de 43 años, viudo, de profesión escritor. *La Prensa* informa a sus lectores más detalladamente: *"Boris Wladimirovich presenta interesantes características: es médico, biólogo y pintor, y ha tenido figuración entre los elementos de avanzada de Rusia. Está prontuariado en la policía como montenegrino y dibujante, pero es ruso, perteneciente a una familia de la nobleza"*. Boris contrajo enlace a los 20 años con una obrera revolucionaria y por esta causa renunció a su abolengo. Se sabe que ha sido un hombre de fortuna y la dilapidó por sus ideales. Es médico y biólogo pero salvo el desempeño temporario de una cátedra en Zurich, Suiza, nunca ejerció su profesión. El doctor Barreiro le ha escuchado en el viaje algunas disertaciones científicas que le han llamado mucho la atención. Boris ha sido socialdemócrata ruso y participó como delegado de esa nacionalidad en el congreso socialista de Ginebra, en 1904, donde tuvo su primera disidencia con Lenin. De este último dice que es un hombre inteligente, pero de Trotsky prefiere no hablar.

La policía sigue averiguando: Boris es autor de muchas publicaciones, entre ellas, tres libros de sociología. Habla a la perfección alemán, francés y ruso y la mayoría de los idiomas y dialectos usuales en su madre patria. En castellano se expresa relativamente bien. Tiene un "hobby" artístico, la pintura, y antes de su fuga dejó en Buenos Aires 24 telas, entre ellas, un autorretrato. Ultimamente había dado conferencias libertarias en Berisso, Zárate y la Capital.

¿Pero por qué este hombre, miembro activo del movimiento revolucionario europeo, vino a dar a la Argentina?

Poco a poco se irán sabiendo más detalles. La muerte de su esposa y el tremendo fracaso de la revolución rusa de 1905 inciden en su ánimo. Su carácter de por sí melancólico comienza a encontrar consuelo en el vodka, bebida a la que se aficiona luego de sufrir un colapso cardíaco. Dona su casa en Ginebra a sus compañeros de ideas —ya se ha volcado a las ideas libertarias— y de allí se va a París donde decide hacer un largo viaje para descansar y levantar su espíritu. Un amigo tiene un hermano que posee una estancia en la provincia de Santa Fe, en la Argentina, y le recomienda que viaje allá. Boris Wladimirovich llega en 1909 a nuestro país, donde se vincula con los círculos de obreros de nacionalidad rusa. Luego de descansar un tiempo en la estancia santafesina se va al Chaco, donde permanece cuatro años y medio. Vive del poco dinero que le queda y se dedica al estudio de esa región recorriendo el Chaco desde el Paraná hasta Santiago del Estero y explora preferentemente el estero Patiño. Vive frugalmente aunque su afición a la bebida blanca sigue en aumento. En Tucumán le llega la noticia del estallido de la guerra mundial. Entonces regresa a Buenos Aires. Dirá *La Razón*: *"En Buenos Aires será recibido con los brazos abiertos por los elementos avanzados que no podían olvidar, a pesar de su larga ausencia, su actuación libertaria con respecto a su país de origen, que lo presentaba rodeado de una aureola de apóstol más luminosa aún después de su ostracismo. Y volvió a su tarea de propagandista dando conferencias, persuadiendo, predicando en los centros, ya fueran numerosas o reducidas las asambleas, no importaba. Al estallar la huelga de Vasena, en enero de 1919, Boris fue a la Chacarita para organizar allí un comité revolucionario de ideas sobre una base seria pero se encontró con un montón de gente que no obedecían a plan alguno y que demostraban una absoluta incapacidad para ello, que se limitaban a disparar aturdidamente sus armas en todas direcciones. Su desaliento fue enorme"*.

Después de la Semana Trágica, Boris está obsesionado por la amenaza de los muchachos de Carlés de matar a "todos los rusos". "La caza del ruso" fue expresión popular entre los jóvenes de la alta y mediana burguesía porteña que se alistaron en la Guardia Cívica y en la Liga Patriótica Argentina en la sangrienta semana de enero, y se realizaron inicuos y criminales atentados contra los barrios de judíos porque en general, en la Argentina, al judío se lo llamaba ruso.

Boris meditó largamente y se creyó en el deber de esclarecer a sus connacionales en la Argentina. Esclarecerlos además en lo que significa la Revolución de Octubre, que él cree que llevará a la libertad integral del hombre, y por eso lo obsesiona tener una publicación. Para él es fundamental contar con un periódico porque, como dirá semanas después de su detención (cuando le levantan la incomunicación) a los periodistas, *"lo que viene de Rusia a la Argentina es la hez del pueblo, sobre todo hebreos, que forman en conjunto una masa incoherente, incapaz de formar un plan serio de carácter revolucionario y mucho menos llevar a la realidad una gran teoría"*.

Pero para publicar un periódico, hacen falta fondos. Hay dos posibilidades: contar con los centavitos de los obreros rusos y algún intelectual que deje de comer dos o tres días para ayudar a pagar la impresión del primer número, o si no ir a lo grande. Y Boris, por su origen familiar, está acostumbrado a no andarse con pequeñeces ni con mezquindades. Por ejemplo, él, que sólo vive de alguno de sus cuadros que puede vender o de alguna clase de enseñanza de idiomas, cuando tiene dinero se va a almorzar al restaurante alemán Marina-Keller, de la calle 25 de Mayo donde se siente un típico ambiente europeo y, además, hay vodka ruso legítimo. Por eso, cuando piensa en su plan del periódico considera que es necesario contar con fondos reales. Y comienza a madurar un plan. Para ello conversa con el Negro Cheli. Este es un chofer anarquista que varias veces lo ha llevado a su habitación cuando el vodka le hacía perder el sentido de la orientación. Cheli es una hombre de acción que ha actuado con él en la semana huelguística de enero. De allí nace el plan, porque el chofer es quien tienen el dato del botín a asaltar.

Wladimirovich contará también con Babby, su compañero de pieza, un anarquista que lo admira y lo tiene como su maestro. Es capaz de dar la cabeza por el profesor. Pero todo será en vano. Ahora los tres están presos.

Cuando llega la comisión policial de Posadas trayendo a Wladimirovich, éste se declarará culpable de instigador del asalto y el único responsable. Lo hace para salvarlo a Babby, a quien —por haber muerto a un policía y herido a otro— le corresponde la pena de muerte.

Involuntariamente, Boris originará un entredicho judicial. En efecto, su figura parece ser tan interesante que durante su incomunicación es visitado por el ministro del Interior y varios legisladores yrigoyenistas que quieren conocerlo de cerca. Y conversan largas horas con el intelectual anarquista. Al salir el ministro del Interior responderá a los periodistas que *"el detenido contestó serenamente a las múltiples preguntas que le formularon"*. Esto hace hervir de indignación al juez interviniente que protesta por la visita del alto funcionario y de los diputados, a quienes recuerda que el reo "está incomunicado" y por tanto, impedido de recibir visitas.

Los frustrados asaltantes las pasarán muy mal. Más que todo, Babby que ha matado a un agente de policía. El Jockey Club se ha apresurado a iniciar una colecta para la familia del *"policía muerto por una banda antiargentina"* y el primer día recauda 2010 pesos.

La Razón pone en duda la versión de Wladimirovich de que quería el dinero del asalto para propaganda escrita. Sostiene que se supone que sus propósitos eran adquirir sustancias explosivas para fabricar bombas. *Crítica*, por su parte, los califica de bandoleros tipo Bonnot, recordando a la banda de anarquistas franceses que asaltaban bancos en Francia y Bélgica en los primeros años del siglo.

En primera instancia, el fiscal doctor Costa solicitará la pena de muerte para Babby, 15 años para Germán Boris Wladimirovich y dos años para Cheli.

Luego de largos meses de reclusión en celdas aisladas en la Penitenciaría, el juez Martínez impone 25 años de prisión a Babby, diez a Boris Wladimirovich y uno a Cheli. En la apelación, el fiscal de Cámara solicita meramente la confirmación de la sentencia del juez Martínez. Y entonces ocurre lo insólito. Los jueces de la Cámara de Apelaciones son más papistas que el propio fiscal e imponen la pena de muerte no sólo a Babby sino también a Wladimirovich.

(Fíjese el lector la balanza de la Justicia: a Wladimirovich, que cometió un asalto pero que no mató a nadie porque el tiroteo de Babby contra la policía ocurrió en otro lugar, lo condenan a muerte; a Pérez Millán Témperley, que mató alevosamente y con premedi- a Wilckens dormido valiéndose de sus prerrogativas de tenerlo en custodia, sólo 8 años.)

---

[1] Durante la Semana Trágica había protagonizado un hecho valiente: en medio de las balas policiales retiró a un compañero herido sin protegerse.

cido en la Bukovina rusa, de 30 años, prontuariado como agitador anarquista. Babby dice desconocer la identidad de sus compañeros y calla, no habla. Por un anónimo se localiza el domicilio de Andrés Babby: una habitación en Corrientes 1970. Allí, el encargado da una serie de datos precisos: sí señor, allí vive una persona de ese apellido que comparte su habitación con el profesor Germán Boris Wladimirovich. La policía pide hablar con el citado profesor. No, imposible, el profesor se ha ausentado desde el 19 de mayo —justo el día del asalto—; salió con valijas.

Los asaltados reconocerán en la foto de Boris Wladimirovich a uno de los asaltantes. También Boris Wladimirovich está catalogado como anarquista. Saben que éste es aficionado a la cosmografía y que hacía periódicas visitas al observatorio astronómico de La Plata, lugar donde tiene amigos. Buen hallazgo en el observatorio: allí están dos valijas de Boris Wladimirovich repletas de publicaciones anarquistas, libros, cartas y escritos. Un empleado del observatorio, amigo de Boris, que no sospechaba en qué cosas podía andar metido el herético ruso, indica a la policía que no sabe dónde puede encontrarse, pero bien lo puede saber Juan Matrichenko, un ucraniano que vive en Berisso. Los empleados de investigaciones buscan a Matrichenko y le señalan su preocupación acerca del paradero del buscado porque —dicen— temen que haya sido raptado. El ingenuo y preocupado Matrichenko los consuela rápidamente: no, él lo ha recomendado a un amigo en San Ignacio, Misiones, ya que el profesor Boris Wladimirovich le ha dicho que deseaba descansar. El que puede saber bien qué día salió es el chofer Luis Cheli, porque Wladimirovich usa siempre sus servicios.

Dos pájaros de un tiro. Mientras se allana el domicilio del chofer, se telegrafía a la policía de Posadas.

A Cheli le encuentran material anarquista en su habitación y es reconocido por los asaltados como el que conducía el coche que intervino en el asalto. Todo aclarado.

Pero faltaba el plato fuerte en este primer episodio del anarquismo expropiador: la personalidad del principal protagonista del episodio.

En San Ignacio, Misiones, detienen a Wladimirovich. A los policías les parece extraño que ese hombre pueda ser un delincuente. Tiene la presencia de un universitario, un intelectual. Maneras afables, mirada inteligente, rostro trabajado por algo que pareciera un íntimo sufrimiento. Allá, en Posadas, causa tanta sensación la captura que el propio gobernador de Misiones, doctor Barreiro, se hace llevar hasta la comisaría y conversa durante horas enteras con el anarquista. Y cuando llega la comisión policial de Buenos Aires al mando del comisario Foppiano, el mismo gobernador decide acompañarla a llevar al preso de regreso a la Capital en el largo viaje en tren.

Antes de partir, las autoridades policiales y provinciales se hacen sacar una fotografía para la posteridad. Todos sentados, en estirada actitud, y Boris Wladimirovich detrás de ellos, parado. El preso, de nitzscheano aspecto, aparece cavilando, ajeno a todo ese despliegue, mientras los importantes funcionarios miran, tensos, el aparato fotográfico.

Mientras tanto, la policía ha averiguado bien la identidad de Wladimirovich. Es ruso, de 43 años, viudo, de profesión escritor. *La Prensa* informa a sus lectores más detalladamente: *"Boris Wladimirovich presenta interesantes características: es médico, biólogo y pintor, y ha tenido figuración entre los elementos de avanzada de Rusia. Está prontuariado en la policía como montenegrino y dibujante, pero es ruso, perteneciente a una familia de la nobleza"*. Boris contrajo enlace a los 20 años con una obrera revolucionaria y por esta causa renunció a su abolengo. Se sabe que ha sido un hombre de fortuna y la dilapidó por sus ideales. Es médico y biólogo pero salvo el desempeño temporario de una cátedra en Zurich, Suiza, nunca ejerció su profesión. El doctor Barreiro le ha escuchado en el viaje algunas disertaciones científicas que le han llamado mucho la atención. Boris ha sido socialdemócrata ruso y participó como delegado de esa nacionalidad en el congreso socialista de Ginebra, en 1904, donde tuvo su primera disidencia con Lenin. De este último dice que es un hombre inteligente, pero de Trotsky prefiere no hablar.

La policía sigue averiguando: Boris es autor de muchas publicaciones, entre ellas, tres libros de sociología. Habla a la perfección alemán, francés y ruso y la mayoría de los idiomas y dialectos usuales en su madre patria. En castellano se expresa relativamente bien. Tiene un "hobby" artístico, la pintura, y antes de su fuga dejó en Buenos Aires 24 telas, entre ellas, un autorretrato. Últimamente había dado conferencias libertarias en Berisso, Zárate y la Capital.

¿Pero por qué este hombre, miembro activo del movimiento revolucionario europeo, vino a dar a la Argentina?

Poco a poco se irán sabiendo más detalles. La muerte de su esposa y el tremendo fracaso de la revolución rusa de 1905 inciden en su ánimo. Su carácter de por sí melancólico comienza a encontrar consuelo en el vodka, bebida a la que se aficiona luego de sufrir un colapso cardíaco. Dona su casa en Ginebra a sus compañeros de ideas —ya se ha volcado a las ideas libertarias— y de allí se va a París donde decide hacer un largo viaje para descansar y levantar su espíritu. Un amigo tiene un hermano que posee una estancia en la provincia de Santa Fe, en la Argentina, y le recomienda que viaje allá. Boris Wladimirovich llega en 1909 a nuestro país, donde se vincula con los círculos de obreros de nacionalidad rusa. Luego de descansar un tiempo en la estancia santafesina se va al Chaco, donde permanece cuatro años y medio. Vive del poco dinero que le queda y se dedica al estudio de esa región recorriendo el Chaco desde el Paraná hasta Santiago del Estero y explora preferentemente el estero Patiño. Vive frugalmente aunque su afición a la bebida blanca sigue en aumento. En Tucumán le llega la noticia del estallido de la guerra mundial. Entonces regresa a Buenos Aires. Dirá *La Razón*: *"En Buenos Aires será recibido con los brazos abiertos por los elementos avanzados que no podían olvidar, a pesar de su larga ausencia, su actuación libertaria con respecto a su país de origen, que lo presentaba rodeado de una aureola de apóstol más luminosa aún después de su ostracismo. Y volvió a su tarea de propaganda dando conferencias, persuadiendo, predicando en los centros, ya fueran numerosas o reducidas las asambleas, no importaba. Al estallar la huelga de Vasena, en enero de 1919, Boris fue a la Chacarita para organizar allí un comité revolucionario de ideas sobre una base seria pero se encontró con un montón de gente que no obedecían a plan alguno y que demostraban una absoluta incapacidad para ello, que se limitaban a disparar aturdidamente sus armas en todas direcciones. Su desaliento fue enorme"*.

Después de la Semana Trágica, Boris está obsesionado por la amenaza de los muchachos de Carlés de matar a "todos los rusos". "La caza del ruso" fue expresión popular entre los jóvenes de la alta y mediana burguesía porteña que se alistaron en la Guardia Cívica y en la Liga Patriótica Argentina en la sangrienta semana de enero, y se realizaron inicuos y criminales atentados contra los barrios de judíos porque en general, en la Argentina, al judío se lo llamaba ruso.

Boris meditó largamente y se creyó en el deber de esclarecer a sus connacionales en la Argentina. Esclarecerlos además en lo que significa la Revolución de Octubre, que él cree que llevará a la libertad integral del hombre, y por eso lo obsesiona tener una publicación. Para él es fundamental contar con un periódico porque, como dirá semanas después de su detención (cuando le levantan la incomunicación) a los periodistas, *"lo que viene de Rusia a la Argentina es la hez del pueblo, sobre todo hebreos, que forman en conjunto una masa incoherente, incapaz de formar un plan serio de carácter revolucionario y mucho menos llevar a la realidad una gran teoría"*.

Pero para publicar un periódico, hacen falta fondos. Hay dos posibilidades: contar con los centavitos de los obreros rusos y algún intelectual que deje de comer dos o tres días para ayudar a pagar la impresión del primer número, o si no ir a lo grande. Y Boris, por su origen familiar, está acostumbrado a no andarse con pequeñeces ni con mezquindades. Por ejemplo, él, que sólo vive de alguno de sus cuadros que puede vender o de alguna clase de enseñanza de idiomas, cuando tiene dinero se va a almorzar al restaurante alemán Marina-Keller, de la calle 25 de Mayo donde se siente un típico ambiente europeo y, además, hay vodka ruso legítimo. Por eso, cuando piensa en su plan del periódico considera que es necesario contar con fondos reales. Y comienza a madurar un plan. Para ello conversa con el Negro Cheli. Este es un chofer anarquista que varias veces lo ha llevado a su habitación cuando el vodka le hacía perder el sentido de la orientación. Cheli es una hombre de acción que ha actuado con él en la semana huelguística de enero. De allí nace el plan, porque el chofer es quien tienen el dato del botín a asaltar.

Wladimirovich contará también con Babby, su compañero de pieza, un anarquista que lo admira y lo tiene como su maestro. Es capaz de dar la cabeza por el profesor. Pero todo será en vano. Ahora los tres están presos.

Cuando llega la comisión policial de Posadas trayendo a Wladimirovich, éste se declarará culpable de instigador del asalto y el único responsable. Lo hace para salvarlo a Babby, a quien —por haber muerto a un policía y herido a otro— le corresponde la pena de muerte.

Involuntariamente, Boris originará un entredicho judicial. En efecto, su figura parece ser tan interesante que durante su incomunicación es visitado por el ministro del Interior y varios legisladores yrigoyenistas que quieren conocerlo de cerca. Y conversan largas horas con el intelectual anarquista. Al salir el ministro del Interior responderá a los periodistas que *"el detenido contestó serenamente a las múltiples preguntas que le formularon"*. Esto hace hervir de indignación al juez interviniente que protesta por la visita del alto funcionario y de los diputados, a quienes recuerda que el reo "está incomunicado" y por tanto, impedido de recibir visitas.

Los frustrados asaltantes las pasarán muy mal. Más que todo, Babby que ha matado a un agente de policía. El Jockey Club se ha apresurado a iniciar una colecta para la familia del *"policía muerto por una banda antiargentina"* y el primer día recauda 2010 pesos.

La Razón pone en duda la versión de Wladimirovich de que quería el dinero del asalto para propaganda escrita. Sostiene que se supone que sus propósitos eran adquirir sustancias explosivas para fabricar bombas. *Crítica*, por su parte, los califica de bandoleros tipo Bonnot, recordando a la banda de anarquistas franceses que asaltaban bancos en Francia y Bélgica en los primeros años del siglo.

En primera instancia, el fiscal doctor Costa solicitará la pena de muerte para Babby, 15 años para Germán Boris Wladimirovich y dos años para Cheli.

Luego de largos meses de reclusión en celdas aisladas en la Penitenciaría, el juez Martínez impone 25 años de prisión a Babby, diez a Boris Wladimirovich y uno a Cheli. En la apelación, el fiscal de Cámara solicita meramente la confirmación de la sentencia del juez Martínez. Y entonces ocurre lo insólito. Los jueces de la Cámara de Apelaciones son más papistas que el propio fiscal e imponen la pena de muerte no sólo a Babby sino también a Wladimirovich.

(Fíjese el lector la balanza de la Justicia: a Wladimirovich, que cometió un asalto pero que no mató a nadie porque el tiroteo de Babby contra la policía ocurrió en otro lugar, lo condenan a muerte; a Pérez Millán Témperley, que mató alevosamente y con premeditación a Wilckens dormido valiéndose de sus prerrogativas de tenerlo en custodia, sólo 8 años.)

[1] Durante la Semana Trágica había protagonizado un hecho valiente: en medio de las balas policiales retiró a un compañero herido sin protegerse.

LA VENGANZA

Este año se volverá a editar "Los vengadores de la Patagonia trágica", de Osvaldo Bayer. La nueva edición saldrá corregida por el autor e incluirá un cuarto tomo que no había sido publicado en la Argentina. Aquí se reproduce un capítulo de dicho tomo en el que se narra la muerte de Pérez Millán Témperley. Cabe recordar que en 1921 el coronel Varela, enviado por el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen a reprimir las huelgas de obreros rurales patagónicos, había fusilado a centenares de ellos sin juicio previo. El jefe militar fue muerto un año después por el anarquista alemán Kurt Gustav Wilckens. Detenido éste, fue a su vez asesinado por Pérez Millán Témperley, un hombre de derecha perteneciente a la Liga Patriótica, de Carlés. Para protegerlo, la Justicia hace pasar por insano a Pérez Millán, lo condena a sólo ocho años de prisión y lo interna en el Hospicio de las Mercedes (hoy Hospital Borda). Allí lo alcanzará la venganza de los anarquistas. Lo que sigue es la primera parte de esa historia, que continúa en la edición de Verano/12 de mañana.



MAR DEL PLATA

Cine en pantalla gigante. En el ciclo denominado *Cine en el Parque* que se realiza en los jardines de Villa Victoria Ocampo, los martes y miércoles en el horario de las 22.30, esta semana conviven un clásico del cine policial y una comedia brillante del bueno de Pedro Almodóvar. Así, hoy se verá *Gilda* (Estados Unidos, 1946), una realización de Charles Vidor, protagonizada por Rita Hayworth, Glenn Ford, George Macready, Joseph Calleia, Robert Scott y elenco. Con tres millones de dólares de recaudaciones, en el momento de su estreno, *Gilda* había sido producida de un modo decididamente poco convencional. La Columbia había decidido empezar la producción de una película de alto presupuesto y con su mayor estrella, la Hayworth, sin contar con un guión terminado. El estudio necesitaba que la actriz, que no había trabajado desde 1944, volviera a aparecer en la pantalla y el regreso se produjo con *Gilda*. A medida que se iba filmando, se incluían nuevas escenas y diálogos. Los dos números musicales más recordados, "Put the blame on Mame" y "Amado mio", se realizaron cuando la película ya estaba prácticamente terminada. Una imperdible para los amantes del cine policial negro. Mañana, dentro del mismo ciclo, se proyectará *Mujeres al borde de un ataque de nervios* (España, 1988), una realización de Pedro Almodóvar protagonizada por Carmen Maura, Antonio Banderas, Julieta Serrano y Chus Lampreave. Con diálogos plenos de humor y situaciones harto disparatadas, Almodóvar logra una radiografía despiadada de las reacciones femeninas a la hora de enfrentar enredos sentimentales. Desde tirar el teléfono por la ventana porque de tanto esperar que suene ella está a punto de volverse loca, hasta hacer guardia frente a su casa para verlo salir, todo es válido cuando se trata de recuperar el amor perdido.



Desde Santa Fe con humor. De martes a domingo, en el horario de las 22 se presenta en el teatro Neptuno *Columen III*, interpretado por el grupo Midachi. Tras su exitosa temporada porteña, los desenfadados santafesinos —Miguel del Sel, Dady Brieva y Chino Volpato— parecen dispuestos a seguir ganando espectadores en las tablas marplatenses, a juzgar por la cantidad de gente que reúnen cada noche, doble mérito si se tiene en cuenta que, crisis económica por medio, la actividad teatral viene de capa caída en estas playas.

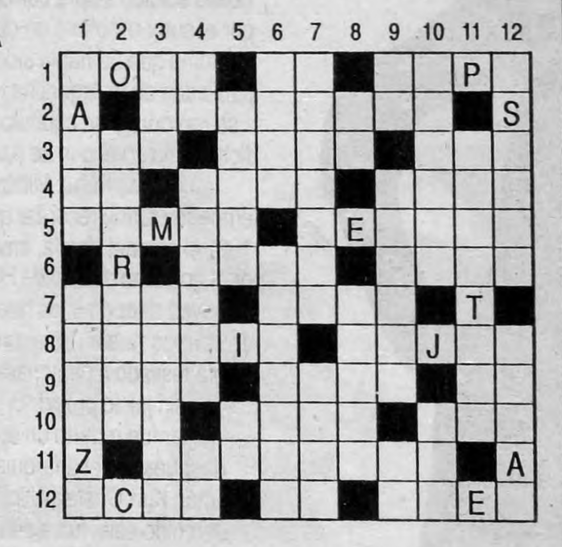
Por amor al rumor. Con dirección de Ricardo Darín y la actuación de Mirta Busnelli, Arturo Maly, Adriana Salgueiro, María del Carmen Valenzuela, Juan Leyrado, José Luis Maza, Roberto Fiore, Roxana Randón y el mismo Darín, de martes a domingo en el horario de las 22, en el teatro Tronador, corren *Rumores*, una desopilante comedia del norteamericano Neil Simon. El autor de *Descalzos en el parque*, *Capítulo dos* y *Extraña pareja*, entre otras, arremete aquí con filosos diálogos que corren tras los enredos de alcoba.

Sólo se trata de volar. Con el título de *Aeroplanos*, Carlos Carella y Pepe Novoa interpretan a dos hombres que sobrevuelan los recuerdos. El libro y la dirección son de Carlos Gorostiza y las funciones se realizan en el teatro Payro (Casino Central) de martes a domingo a las 21.15 y a las 23. Una invitación para levantar vuelo en estos tiempos de vidas chatas y destinos de meseta.



Carmen Maura en "Mujeres al borde de un ataque de nervios", de Pedro Almodóvar.

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1. Apodo./ Abreviatura de usted./ Propina. 2. Sublevar. 3. Pero./ Destino./ Río de Paraguay. 4. Interjección: cansancio./ El más grande futbolista brasileño./ Ciudad de Rumania. 5. Sentir temor. 6. Narración que mezcla elementos históricos y legendarios./ Anestésico. 7. Mancha parduzca del cutis./ Fogón. 8. Audacia./ Almohadón. 9. Plano, llano./ Agrupación humana primitiva./ Cerio. 10. Aire popular de las Canarias./ Amarrar./ Abreviatura de logaritmo. 11. Dormitorio en los barcos. 12. Canoa de los mexicanos./ Nota musical./ Día anterior al de hoy.

VERTICALES: 1. Elefante prehistórico./ Contrato de seguros. 2. Supresión de letras al comienzo de una palabra. 3. Yunque de plateros./ Vestidura de mangas anchas con faldones. 4. Prefijo:encierro,inclusión./ Que pesa mucho./ Contracción. 5. Madriguera del oso./ Marca famosa de cigarrillos. 6. Que sirve./ Muy frío, helado. 7. Suma grande de dinero./ (Agustín) Músico mexicano. 8. Lo contrario de sí./ Arácnido traqueal. 9. Ahora./ Timón de las alas de los aviones./ Tate. 10. Monte de Armenia./ Regla obligatoria. 11. Que inspira dolor o angustia. 12. Varilla metálica para asar./ Denegar.

SOLUCION

